

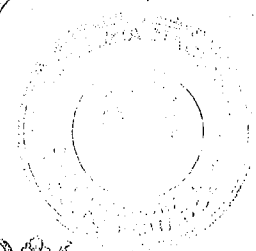
de la Prensa Católica
Julio de 1918 *J. 49*

E. Samaniego y A. Gangotena

DOS ELEGIAS

860-1(866) ^A samaniego
5187f.

La Prensa Católica



BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR
COLECCION VARIADA
No. 6047 - 1990
PREL...



QUITO-ECUADOR

0001309 - 77 y Encuad. de la "Prensa Católica"

1918

Envío de la Prensa Católica

18 de Julio de 1918

Pres. Alfredo Gangotena

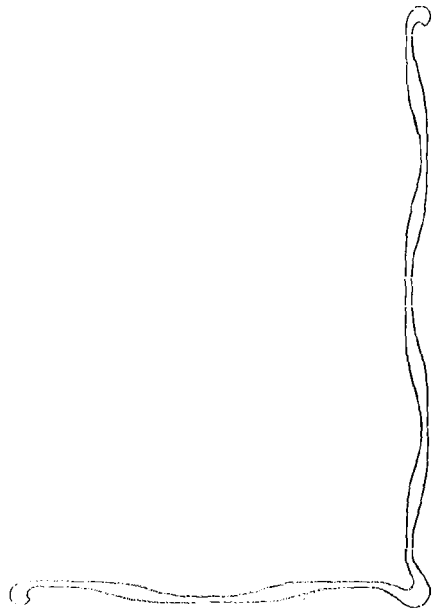
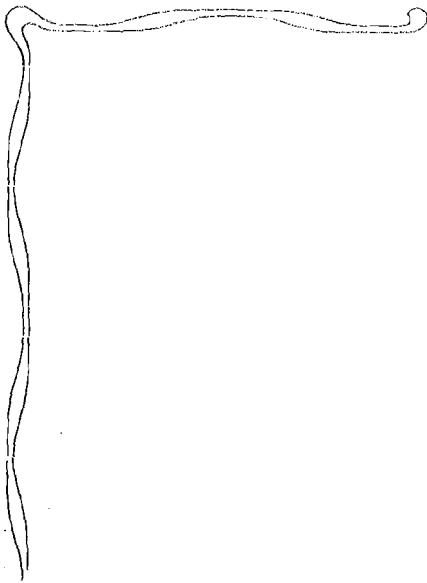
y Eduardo Samaniego

Iden Vds. mi juicio sobre sus composiciones, y, respetando el dictamen del competente Jurado que premió sus trabajos literarios, no es otro mi parecer, sino, que salvando algunos defectos, nacidos de la premura del tiempo que fue señalado para las composiciones, como de los conocimientos, que en Vds. supongo, dado que son alumnos de 3er. año, no puedo por menos de alabar en ambos trabajos muchas virtudes.

¡Animo y adelante! Dios, la Patria y la ciencia deben ser siempre el punto de mira de todas sus aspiraciones científicas y literarias.

M. C.

Quito, 17 de Julio de 1918.



ELEGIA A LA GUERRA EUROPEA

Bíblicas arpas que yacéis dormidas,
En las ramas del sauce funerario
De Babilonia en las márgenes floridas;
Estrofas arrancadas del osario
Por el estro viril de Jeremías;
Llantos y gritos, tristes elegías,
Venid, lúgubre tropa,
Y lamentad la destrucción de Europa.

De alegría y de ensueño
Era la vida; ambiente de dulzura
Allí se respiraba;
Era el dolor un sueño,
Era la tierra donde la amargura
Raras veces se hallaba.
Mas hoy, ¡oh desconsuelo!
Aquel alegre y deleitoso suelo,
Y esos campos, morada
Del labrador, dond' él, día tras día,
Lleno de gozo trabajar solía
¡Ay! ya en campos de muerte convertidos
Terror del orbe son; y sus llanuras

Llenas de troncos y árboles caídos
Y cubiertas de negras sepulturas. . . .

La destrucción cunde; la Parca fiera
Envolvió en llanto y luto los dos mundos,
Despertando sagaz odios profundos
Que en antiguos anales
Guardaba fiel la vigilante Historia.
Y pueblos poderosos
Creyéndose ofendidos,
Envían a la lid los numerosos
Escuadrones, soldados agueiridos
Avidos de la gloria
De conseguir la paz con la victoria.

Y cual voces salidas del averno,
Se escucha el retumbar de los cañones;
Es el grito del odio
De fuertes y beligeras naciones.
Y arriba en lontananza
Por los lugares en que el sol avanza,
Las voladoras máquinas de guerra
Inspeccionan de lo alto los momentos,
Para dar la señal a las legiones;
Y al combate feroz que al mundo aterra
En alas de los vientos
Se lanzan; animosos
Pelean cuerpo a cuerpo, y valerosos
Gritan; claman venganza;
Y por la Patria tienen la esperanza
De morir; luego a su lugar primero
Vuelven los guerreros presurosos;

De nuevo avanzan, y terror ligero
Corre en sus almas; brillan las espadas
Y del luciente sol el puro lampo
Triste ilumina el sanguinoso campo.

Y el cuervo en la enramada,
Atisba su rapiña;
Su ojo avizor dirige a la campiña
Y descendiendo al suelo
Empieza su jornada
Devorando del hombre el osamento;
Que sucumbiera por su Patria amada.

Cual retumbo de trueno clamoroso
Que asordando al mundo,
Y cual crecido río caudaloso
Que arrasa cuanto halla al caer hirviente
En barranco profundo,
Y resuena con hórrido rugido
Ya en el florido valic, ya en la altura
Y va repercutiendo en la espesura,
O se oye de repente cual gemido,
Tal la terrible asoladora guerra
Ruge, asorda y devasta por doquiera.

Ya las esbeltas torres que hacia el cielo
Se erguan orgullosas,
Sus altas cúpulas allí escondiendo,
Calladas existiendo,
Y eran precioso galardón del suelo;
Las místicas campanas
Que con són placentero

A la oración alegres convocaban,
Y nos hacían olvidar las vanas
Querellas, invocando
La memoria, que el tiempo es pasajero,
Que la muerte la vida va minando;
Hermosas construcciones,
Admiración de todo el universo,
Yacen sobre la tierra derribadas,
Con el arte también de las Naciones.
¡Todo es desolación, es amargura:
Sólo se encuentran llanto y desventura!

Están desiertos, tristes los hogares,
Abandonados se hallan los altares,
Del Dios de lo infinito
El hombre ya olvidado;
Mas sonó de la lucha el ronco grito
Y en las ondas del mar desenfrenado,
En el aire, en la tierra
Encuentra su castigo; que es la guerra.

Cual tenue lucecilla
Que muere al soplo de impetuoso viento,
Y como la barquilla
Que en el Ponto sucumbe,
Por tempestad furiosa derribada
Y el mar tal vez contento,
Los restos de la nave destrozada
Lleva en su onda terrible y misteriosa;
Así sobre la tierra,
En fratricida guerra,
Los hombres se destrozan

Y en la desgracia y en el dolor se gozan.
Y la dicha pasada
Surca, ¡ay! por el dolor arrebatada.

Ya Satán envidioso,
La tempestad lanzó, desde su imperio;
Y mil rayos cayeron,
Maldiciones vinieron
Sobre el mundo; y rodó despedazada,
Por olas destrozada,
La barca de la Paz; y luego airoso,
Se retiró a los fines del averno.
¡Mortales esperad!: hay un Dios eterno.
El es Jehová, dueño soberano
Del corazón humano;
Es Grande, Omnipotente,
Y la paz, en el viejo continente,
El restablecerá; llegada es la hora
De que cese el dolor para el que llora;
En que ya vuelta a su esplendor natura,
Un aroma despida,
Lleno de amor, de dicha y de frescura;
En que la alondra, triste y sin morada,
Vuelva a la Patria amada
Y entone una armonía
En suave melodía.
Y que al mágico son de una graciosa
Lira, entre los raudales
De una música bella y deleitosa,
Resuene en el confín; y por el viento
Aligero llevado
Se escuche de la paz el dulce acento.

Y a descansar yo llegue,
De la paz, en su alegre y puro puerto,
Y gozando feliz mi agitada alma
De la dicha y la calma,
Queden en las regiones del olvido,
El mal causado y tanto bien perdido.

Y cuando así pensando,
Van las horas pasando,
Cada vez al morir el triste día,
Se va aumentando esta esperanza mía.

Alfredo GANGOTENA S.

A la Guerra Europea

¡Salve al excelso, noble y prodigioso!
¡Salud al padre del saber humano!
¡Al único señor y poderoso,
¡Gloria, gloria al Progreso!
Con rebeldía y con orgullo vano
El hombre en su embeleso
El grito del averno repetía,
Como el eco en la cúspide sombría.

Y el Dios de la justicia
Que el hombre despreciaba,
Y de amarle, el deber necio olvidaba,
Bajó su diestra: estremcióse el mundo;
Brilló la tempestad; en el profundo
Abismo de los montes,
Desbordóse el arroyo enfurecido;
En tanto que en sombríos horizontes,
Alumbró a las tinieblas
Un rayo de los cielos desprendido.

¡Piedad, oh Dios! ¡Piedad, misericordia!
El mundo se derrumba, no es quimera,
No es trueno ni huracán, ni la ligera
Tormenta que estremece,

Ni es rayo que nos ciega de repente
Alumbrando el espacio, mientras mece
La brisa la arboleda suavemente;
Es el grito de ¡Guerra!
Que la Europa ha lanzado,
Y se escucha doquier sobre la tierra

¿Dónde se encuentra el material progreso?
¿Dónde la paz que el pueblo proclamaba?
Todo se hundió... El hombre que se amaba,
Alejado de Dios, alma de fiera,
Entrañas de tirano,
Loco asesina al padre y al hermano.
Eterno cataclismo!
El siervo dice: ¡Libertad! ¡Venganza!
Y lleno de furor mata a su amo
Señor del despotismo;
Hoy se rompe con ley y con alianza;
El imperio del mal está asentado;
Se burla la justicia,
Y reina sólo la feroz malicia.

¿Escucháis del cañón el ronco trueno,
Y el sonido espantoso?
Mirad como ya avanza
Ebrio de sangre el batallón furioso!
Mirad como se lanza! . . .
Se ocultan se confunden y se pierden
Jinetes en frenética carrera;
La muerte por doquiera
Encuentra el valeroso; y el cobarde
Solo el abismo que sus restos guarde. . .

Y tras éste, infinitos batallones
Se acaban arrasados por las balas;
Y los santos pendones
Arrullados del viento por las alas,
Tremolan destrozados en jirones,
Y luego: muerte, soledad, y un sueño
Eterno y pavoroso,
Y sangre derramada en las regiones
Queridas del ensueño;
Y el emblema de Patria descendido
Al campo polvoroso;
Y el valor de cien ínclitas legiones
Perdido para siempre en el olvido:
Tristes ejemplos de la muerta gloria,
Que se irgue ante los hombres y la Historia!

De la luna a los pálidos reflejos
Titilando a lo lejos,
La moribunda luz de la cabaña
Perdida en la espesura,
Apágase azotada
Por el viento que sopla en la enramada.

En tanto que en los campos de batalla
Las vidas de cien ínclitos guerreros,
Caídos bajo el fuego de metralla
Se apagan presurosas.
Y los héroes sagrados de la patria
Do reclinar no encuentran las ansiosas
Cabezas moribundas.
Sólo hallan por amigo en las sombrías
Tinieblas de la noche,

Del cadáver del héroe la tumba,
Y el viento que en el bosque ronco zumba.

Y cuando en la mañana primorosa
El sol despeja el firmamento oscuro,
El riachuelo puro
Que antes rociaba a la encarnada rosa,
Teñido con la sangre
De los hijos del pueblo que murieron,
Hoy sólo mancha blancas azucenas
Que al fragor del combate sucumbieron.

Oh DIOS! Eterna soledad doquiera....
La muerte del olvido compañera
Continúa luchando cual atleta....
¡Oh campos del placer, do ayer brindábais
Felicidad completa!
Oh yedras a los muros arrimadas
Oh verdes enramadas!
Oh bosques risueños!
En los que el hombre hallaba,
Ayer la eterna, la infinita calma;
Y hoy sólo para el alma
Recuerdos de placeres y de ensueños!
Ya sólo ruinas sois de lo que un día
Formó de la natura,
Como forma la verde enredadera
La sin par hermosura
Del jardín y del prado,
O como el huerto del verjel amado.

¡Oh lagos de las olas encrespadas!
¡Oh corriente del río que ligera
Llevaste al marinero
En su tosco velcro,
En busca del tesoro
De riqueza fantástica y del oro!
Hoy luchas y tragedias se suceden
En tus playas desiertas y arruinadas,
Y a barquillas preciadadas
Tu rápida corriente las destroza,
Y en el profundo abismo
Desaparecen de su triste fosa

Mil torres hacia el cielo levantadas,
Mil villas populosas,
Asilos del trabajo y de la ciencia,
Esbeltas y graciosas
Y llenas de opulencia,
Hoy yacen por el suelo derruidas;
Cual tras de las ligeras
Furiosas sacudidas
Del viento, se doblegan las palmeras.

Y ¡Guerra! clama el hombre; y la venganza
Aun no aplacas ¡oh Dios! ¡Ay! todavía...
¡La Humanidad se acaba!...
Ya es tiempo de volver a la alegría
Que el hombre deseaba!...
Que amor, paz y trabajo el hombre clame!,
Que en caridad ardiente
La Humanidad se inflame.

Y en el amor de Dios Omnipotente
Refugio encuentre por doquier la gente!

Oh Señor de los cielos y la tierra!,
¡Compasión! . . . que ha llegado
El instante en que el hombre
Esté de paz y amor y dicha lleno!
Muéstranos que existes, que eres bueno! . . .
Ya el hombre arrepentido, se ha entregado
En tus amantes lazos . . .
Eres bueno, recíbelo en tus brazos!

Y Tú patria gloriosa,
Heroica, noble y mi querida tierra,
Que no te azote, no, jamás la guerra.
Oh ECUADOR querido!
El tiempo no te deje en el olvido . . .
Permanece lucero en las tinieblas! . . .
Si déspotas tiranos
Y duros opresores
Mil veces fementidos y traidores
Violaran tus linderos sacrosantos,
En lágrimas vertiendo amargos cantos
Verás en tu frontera
Rota mi lira, y al cantor herido
A la sombra de tu ínclita bandera.

Eduardo SAMANIEGO